







# NI UNA PALABRA

CHAI EDITORA



Caroline Blackwood

NI UNA  
PALABRA

Traducción de DAMIÁN TULLIO

Colección dirigida por FEDERICO FALCO

Caroline Blackwood

Título original: *Never Breathe a Word:  
The Collected Stories of Caroline  
Blackwood*

© Del texto, Caroline Blackwood, 2010,  
esta selección 2025

© De esta edición, Chai Editora, 2025

© De la traducción, Damián Tullio,  
2025

Director de la colección:  
Federico Falco

Corrección:  
Juan Nadalini

Diseño de tapa:  
Gonzalo Marín

Foto de tapa:  
Anabella Sarrias

Diseño de identidad, colección y web:  
Lamas Burgariotti

Primera edición en Argentina:  
Abril de 2025

ISBN: 978-631-90896-1-5

Hecho el depósito que marca la ley  
11.723

Austria 1840 depto V.  
(C1425EGD)

Ciudad de Buenos Aires,



## HECHOS



## Ni una palabra

Solo lo conocíamos como McAfee. El monturero no tenía electricidad, como ventana había apenas una rendija, y cuando llovía él se quedaba ahí encerrado en la oscuridad. Se encorbaba sobre un banquito mientras pulía un estribo, o le pasaba jabón amarillo a una montura, y siempre nos había parecido más un animal que un hombre, a tal punto que el monturero impresionaba ser su guarida. A mi hermana y a mí nos gustaba del mismo modo en que nos gustaban la caza, los bozales y los bridones: todos estaban asociados a los caballos.

Cada mañana llegaba en su bicicleta para llevarnos a montar, y salíamos trotando al lado de su enorme yegua marrón, dos niñas regordetas con cascos de equitación forrados en alcornoque sobre dos pequeños caballitos regordetes. McAfee hablaba muy poco durante esas cabalgatas, y cuando lo hacía nos costaba trabajo entenderle. Tenía voz ronca, tonada de Úlster y había perdido todos los dientes, y aunque le habían dado una dentadura postiza demasiado blanca y demasiado grande se negaba a usarla excepto en “ocasiones especiales”, esto es, cuando nos llevaba a exhibiciones ecuestres o a cazar.

Fumaba un cigarrillo tras otro mientras montaba, y los sostenía entre sus encías oscuras y abultadas, y cuando saltaba con el caballo jamás se le escapaban.

–¡No pasó nada! –nos gritaba sistemáticamente cada vez que nos caíamos tratando de seguirlo al sortear un muro de piedra o una zanja.

Una vez Perdita se rompió la clavícula y nunca se atrevió a contárselo a nadie.

–No digas ni una palabra, y ya –le dijo McAfee–. No me gusta la gente que se queja.

Alguna vez había sido jockey profesional, y uno de sus hombros se le había fracturado tantas veces en varias caídas en carreras que lo tenía deformado. Su brazo derecho era mucho más corto que el izquierdo, y le colgaba flácido desde una joroba. Así y todo, cuando montaba, la forma peculiar en que lo hacía, casi acostado sobre el lomo del caballo como un jockey en una carrera, todo torcido y sosteniendo las dos riendas con la mano izquierda, parecía correcta e incluso una técnica superior. Solo cuando desmontaba nos dábamos cuenta, siempre con estupor, de que no era mucho más alto que nosotras. En el momento en que se bajaba de su yegua lucía como si de repente le hubieran amputado la mitad de su cuerpo, y una notaba que tenía la cabeza y el torso bastante grandes, pero con piernitas cortas como un gnomo. Su tren superior era tan pesado que lo hacía tambalear cuando caminaba. La forma en que mantenía sus piernitas siempre arqueadas, vestidas con pantalones de montar y botas, tan separadas, hacía que pareciera que se estaban aferrando a los costados de un caballo invisible.

En esa época Perdita y yo amábamos los caballos con una pasión obsesiva y sentimental. Hablábamos durante horas sobre sus diferentes estados de ánimo, nos preocupaba haber herido sus sentimientos. Amábamos el aroma a sudor, lo puntiagudas que se veían sus pestañas, el tacto aterciopelado de sus narices. McAfee nunca tenía prurito en decirnos que nuestra actitud le resultaba extremadamente tonta e irritante. Para él los caballos eran una herramienta, como un tractor, y siempre quería que se los usara de la forma correcta para sacarles el mejor provecho.

–¡Tira de la boca! –nos gritaba si uno de nuestro caballos se encabritaba.

Siempre estábamos demasiado asustadas y él siempre estaba irritado y se ponía gruñón.

–Tendrías que haber tironeado de su boca, haberla hecho caer sobre sí misma y luego saltabas para apartarte. Tendrías que haberle enseñado...

–¿No puedo romperle el espinazo al caballo al hacer eso?

–Si te da tanto miedo tomar riesgos, Caroline... podrás tener todo tu dinero, pero nunca lograrás nada con un caballo.

McAfee tenía diez hijos y su casa estaba a ocho kilómetros de la nuestra. A veces, cuando pasábamos en una de nuestras cabalgatas, todos salían al corral de las gallinas para saludarnos. Ocasionalmente también salía la señora McAfee, una mujer escuálida con pinta de estar extenuada y unas ojeras color gris topo. En general tenía en brazos un bebé chillón semidesnudo. Los hijos de McAfee nos observaban con respeto y curiosidad a causa de nuestros caballos, y Perdita y yo a su vez los observábamos con respeto y curiosidad porque los McAfee eran demasiados. Y porque se veían tan pobres y tan sucios.

La forma en que McAfee solía hablar sobre sus épocas de jockey nos hacía dar cuenta de que sentía tristeza y una cierta desdicha por el hecho de haber terminado como cuidador de niñas. La única vez que se lo veía feliz era cuando nos contaba alguno de sus viejos trucos. Nos mostraba cómo solía pisar el estribo de algún rival que lo pasaba para que perdiera el equilibrio y cayera. “¡Y nadie podía probar nada!”. McAfee sonreía y nos mostraba sus encías vacías.

Un día íbamos por un sendero y McAfee de pronto refrenó su yegua para poder marchar al lado de mi caballo.

–¿Te gustaría ser la mejor jinete joven de toda Irlanda?

Pensé que se estaba burlando de mí. Me resultó muy desolador, porque sabía perfectamente que McAfee pensaba que siempre sería una jinete mediocre: tenía manos ineptas, mi postura no era natural, no tenía control y rara vez usaba mis rodi-

llas. Cuando salíamos a cazar, a menudo McAfee me decía que estaba avergonzado de que todos los otros mozos de cuadra tuvieran que verlo conmigo a su lado.

–Todos estaban mirándote, Caroline. Me habría gustado mucho que no hicieras semejante espectáculo. Me rompe el corazón que no puedas hacer algo mejor que eso.

Pero ahora McAfee susurraba como diciéndome un secreto.

–Quisiera convertirte en la mejor jinete de toda Irlanda.

Me encogí de hombros como si la idea me aburriera. Deseaba que cambiara de tema. Me parecía inútil y doloroso hacerme ilusiones con cosas imposibles.

–¿Cómo crees que se las arreglan todos los tipos importantes del mundo de la equitación?

No podía entender por qué McAfee seguía susurrando.

–¿Cómo crees que hacen para estar siempre al pie del cañón junto con los sabuesos en las salidas de caza, para ganar todos los trofeos en todas las exhibiciones? ¿Por qué crees que las paredes de sus establos están repletas de cucardas rojas? Una señora corpachona como Lady Mary Berry, ¿cómo crees que hace?

Pensé en Lady Mary Berry. La veía siempre en todas las exhibiciones, de cara regordeta y formidable, con su bombín y sus botas relucientes e impecables, sorteando obstáculos con elegancia, la multitud aplaudiendo...

–¿Cómo hace?

McAfee se inclinó sobre el cuello de su yegua y susurró a través de sus encías:

–Pastillas.

–¿Pastillas?

–Todos los grandes campeones. Todos hacen lo mismo. Hay una única razón por la que logran destacarse en todas las competiciones en Balmoral, y en Dublín y en las mejores exhibiciones de Inglaterra. Todos toman pastillas.

–¿Cómo hacen las pastillas para hacerte mejor jinete?

Me sentía tonta, pero sencillamente no lo podía entender.

McAfee parecía algo frustrado, como si no se hubiera esperado la pregunta. Pensó unos momentos y luego dijo abruptamente:

–¡Las manos!

Me pregunté por qué parecía tan contento con su respuesta.

–Sin unas buenas manos, jamás serás una jinete.

La yegua de McAfee se encabritó y relinchó porque él había golpeado la fusta con mango de hueso sobre sus caderas para enfatizar la explicación.

–Es así desde el principio de los tiempos. Debes tener el pulso adiestrado para sentir la boca del caballo. Nunca nadie se hizo célebre en el mundo de la equitación a menos que tomara pastillas para las manos.

–¿Usted toma pastillas?

Si McAfee tomaba pastillas, me pregunté por qué no era un jinete de renombre internacional.

–Solía tomarlas en mis años mozos. No podía correr sin ellas. Pero hace tiempo que no las tomo... –su voz sonó abatida–. Ahora no tengo ocasión.

Cuando volvimos a los establos McAfee me ayudó a desmontar.

–Piénsalo, Caroline. Es terrible verte llevar el caballo de esa forma. Si no le dices ni una palabra a nadie, veré la forma de ayudarte.

Me pasé la noche vagamente perturbada pero intrigada por la propuesta de las pastillas de McAfee.

Una semana después íbamos por un sendero en medio de una arboleda cuando McAfee de la nada dijo:

–¡Las tengo!

–¿Qué cosa?

–Te conseguí unas pocas pastillas.

–¿Dónde las consiguió?

–Estuve en las caballerizas de Mount Stewart y le compré un frasco al mozo de cuadra de Lady Mary Berry.

Me ofreció una de sus taimadas sonrisas con las encías.

–¿Puedo verlas?

–No me atrevería a dártelas a plena luz del día. Al principio el mozo de Lady Mary no quería vendérmelas. Así de difíciles de conseguir son. Son valiosas como el oro. Me hizo pagar una fortuna. Me dijo que todos en Úlster están desesperados por conseguirlas. Una vez que alguien se entera de que tienes algunas, se las arreglan para arrebatártelas. Le prometí que no te las daría en un lugar donde cualquiera pudiera ver.

–¿Quién cuernos nos vería aquí?

Estábamos tan lejos de cualquier persona que la casa más cercana estaba detrás de unos cuatro o cinco kilómetros de arboledas y matorrales.

McAfee revoleó los ojos y con una uña llena de estiércol y un gesto paranoico señaló las ramas de unas hayas y robles.

–¿Cómo saber quién puede estar observando?

Miró con desconfianza la forma regordeta de mi hermanita con sus coletas y su casco de terciopelo negro mientras galopaba en su caballo perezoso a través de un colchón de hojas secas.

–¿Cómo saber en quién confiar?

Llegamos a un claro rodeado por arbustos de laurel.

–Mejor encontrémonos en este mismo lugar esta noche, Caroline. Sabes cómo llegar. Pero tienes que esperar a que oscurezca. De día no es seguro. Y no dejes que la gente vea dónde vas. Podrían adivinar dónde estás yendo y seguirte. Una vez que oscurezca estaré aquí esperándote. Y luego te daré las pastillas.

Una vez que anocheció, no tenía el menor interés en tomar las pastillas. Ni siquiera creía que fueran a funcionar en mí, pero imaginaba que, en lo referido a equitación, McAfee sabía de lo que hablaba. En cualquier caso, incluso si las pastillas eran tan buenas como decía yo solo quería estar en mi habitación, tostar una rebanada de pan en el hogar a leña, leer historietas al calor del fuego mientras la luz se reflejaba en mi camisón y escuchar una serie en la radio. La idea de pedalear sola en la oscuridad hasta ese claro húmedo y lúgubre en la arboleda me aterrorizaba. Decidí que no iría.

Pero después me puse a pensar en el pobre McAfee, esperando y esperando. Me daba miedo pensar que podría esperar ahí toda la noche, mojado y tomando frío, y que por la mañana estaría tan furioso que nunca más me atrevería a montar con él. Me maldije por haberle dado a entender que quería tomarme sus pastillas. Siquiera podía recordar si le había dicho alguna vez que me interesaba tomarlas, pero de alguna manera debió haberlo asumido, porque sabía que, en el fondo, yo soñaba con ser la mejor jinete de Irlanda. No podía dejar de pensar en cuán dolido y decepcionado estaría si lo hacía esperar ahí afuera en la arboleda y nunca aparecía. Se preocupaba tanto en prepararme para ser una gran jinete. Se había tomado tanto trabajo en conseguir esas pastillas para mí, y le habían costado tanto.

Fui al galpón a buscar mi bicicleta. No había luna esa noche y estaba garuando. Mientras pedaleaba sentí terror y desesperación en tanto mi bicicleta resbalaba en los surcos que otros vehículos habían dejado en el barro. A esa edad le tenía horror a la oscuridad y solo podía dormir si en mi habitación resplandecían varios veladores. No me atrevía a mirar a la izquierda o la derecha. La oscuridad a mis costados parecía una entidad maléfica, un mar de tinta donde flotaban los espectros y fantasmas más abominables. Traté de concentrarme en la luz tenue y

bamboleante que emitía el farol de mi bicicleta. Cuando llegué a la arboleda fue todavía peor. Mis ruedas hacían el ruido de pisadas mientras aplastaban los frutos de arce pudriéndose en el suelo. Cada rama parecía el brazo estirado de una estranguladora vieja y desquiciada.

Al final llegué al claro y noté que no había nadie, y entonces odié a McAfee. Había hecho todo ese escándalo sobre lo importante que era que lo buscara ahí en el bosque, y ni siquiera se había dignado a venir. Me había obligado a hacer ese desagradable y solitario trayecto en la oscuridad por nada.

Y entonces algo se movió en los arbustos de laurel, y de alguna manera supe que era McAfee. Pero, ¿por qué estaba agazapado en un arbusto todo mojado? Si sabía que venía, entonces, ¿por qué se escondía?

Salió de entre las hojas de laurel con un saltito peculiar, como el de un conejo. Al ver las sombras de sus piernas atrofiadas y su joroba, pensé en el enano saltarín, el personaje del cuento. Cuando encendió la linterna noté que no estaba usando la boina de lana escocesa que usaba siempre durante el día. Tenía puesto su mejor bombín, el que usaba únicamente cuando salíamos de caza. Y, no sé por qué, me dio escalofríos notar que se había puesto su dentadura postiza.

Tan solo se quedó ahí parado mirándome. Sentí que algo lo asustaba y no me entraba en la cabeza qué cosa podía llegar a asustarlo. Nunca antes lo había visto expresar temor alguno; cuando lo veía montar siempre me había parecido un hombre sin una pizca de miedo. Toda la luz de la linterna parecía reflejarse en sus dientes... Lucían resplandecientes, como si los hubieran pintado con fósforo. Eran lo único que brillaba en esa horrible arboleda invernal.

—¿Trajo las pastillas?

No quería las pastillas. Solo quería que dijera algo, lo que fuera, para que dejara de estar ahí parado en silencio sobre sus piernas arqueadas, con ese bombín ridículo en la cabeza.

Parecía incapacitado para hablar. Hacía unos movimientos raros con la boca, como un pez boqueando, y era como si estuviera tan poco acostumbrado a usar la dentadura que de alguna manera lo ahogaba.

Empecé a subirme a mi bicicleta. Quería alejarme de él. Parecía que McAfee había enloquecido mirándome de esa forma tan peculiar, cautelosa, como si no se atreviera a quitarme los ojos de encima por miedo a que lo atacara de repente.

—¡No te vayas!

Su voz sonó como un silbido a través de su dentadura. Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y luego me dio un pequeño frasco de vidrio lleno de pastillas.

—Tómalas, Caroline. Te harán muy bien. Te arrepentirás toda la vida si no las tomas.

Miré el frasco con suspicacia. No me gustaba el aspecto desprolijo de esas pequeñas pastillas blancas.

—¿Qué son?

Noté que el frasco había tenido alguna vez una etiqueta con el nombre, pero ahora era imposible de leer porque alguien había raspado la impresión con la punta de un cuchillo.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Pero no importa, hacen maravillas. Sé una buena chica. Tómalas de una vez.

—¿Por qué rasparon lo que decía en la etiqueta?

McAfee se estremeció, revoleó los ojos como si le hubiera dado un golpe.

—Yo no lo hice.

—¿Quién lo hizo?

—El frasco estaba así cuando me lo dieron.

—No quiero tomarlas a menos que sepa qué son.

–Está bien. Creo que tienes razón.

Casi que parecía aliviado, como si alguien más estuviera obligándome a tomar las pastillas y él siempre hubiera estado muy en contra de que lo hiciera.

–No debes tomar pastillas, Caroline; sobre todo si no sabes lo que son.

Me preguntaba si le molestaría que me fuera a casa, dado que ya no parecía interesado en que las tomara, y yo ya no estaba preocupada por herir sus sentimientos. Pero seguía esperando algo, y todavía me resultaba insufrible la forma cohibida en que me miraba fijo, porque me asustaba sentir que podía asustar a un adulto.

–Quizá pueda llevar las pastillas donde las conseguí y hacer que le pongan una bonita etiqueta nueva, que se pueda leer.

A esa altura ya parecía hablar por hablar, tratando de decir cualquier cosa que me agradara.

–Cuando devuelva el frasco, Caroline, te aseguro que me quejaré sobre la etiqueta.

–Eso sería lo mejor.

De un momento a otro sus modales cambiaron, ya no estaba asustado, y la parte blanca de los ojos pareció oscurecerse de lo enojado que estaba.

–Si me tomo todo el trabajo de conseguirte nuevas pastillas tendrás que tomarlas, y sin quejarte. A esta gente no le gusta que jueguen con su producto.

Hubo algo en su nueva expresión que me dio pánico, porque descubrí que tenía la misma mirada de concentración despiadada que había visto tantas veces cuando le indicaba a un caballo que salte, golpeándolo en los cuartos traseros con la fusta de mango de hueso y clavándole las espuelas hasta hacerlo sangrar. La sospecha que horadaba mi cerebro como un taladro desde el momento en que me había mostrado las pastillas salió

## Índice

HECHOS	7
Ni una palabra	9
Cochino	23
Unidad de quemados	37
FICCIÓN	47
La entrevista	49
La niñera de la bebé	71
Mi amor, por favor, no llores	95
La esposa de Taft	115
Addy	137
La Navidad de Marigold	157
Compra compulsiva	177
El contestador automático	191

Este libro se terminó de imprimir en abril de 2025  
en Latingráfica, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra  
por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico,  
sin autorización de la editorial.